



FUNDACIÓN
alternativss

MEMORANDO OPEX N° 210/2016

ASUNTO: LA ÚLTIMA APUESTA DE LA TRANSICIÓN LIBIA:

REHABILITACIÓN INSTITUCIONAL O DESCOMPOSICIÓN ESTATAL

AUTORÍA: IGNACIO GUTIÉRREZ DE TERÁN GÓMEZ-BENITA. Profesor del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la UAM y colaborador del Opex.

FECHA: 07/07/2016

Panel: Magreb y Oriente Medio

Coordinador del Panel: Ignacio Álvarez-Ossorio

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex>

Depósito Legal: M-54881-2008

ISSN: 1989-2845



Director: Vicente Palacio

En el vocabulario político libio, el año de 2012 supuso sin duda el periodo álgido de la transición, con unas elecciones parlamentarias libres y transparentes y un clima de entusiasmo popular por la acción política y el debate público inédito en la historia del país. La deriva posterior del proceso, con el protagonismo de las milicias y las disputas interelitistas, clánicas y regionales, tiene mucho que ver con la inoperancia y escaso bagaje democrático de los responsables políticos y el legado viciado de Gadafi, que había reprimido con denuedo cualquier atisbo de organización estatal e institucionalismo. Fue a lo largo de 2013 que se configuró la imagen de la Libia "sumida en el caos", una de las descripciones más utilizadas en los medios de comunicación. Por esta razón, los avances que haya podido obtener el gobierno de unidad nacional, constituido en marzo de 2016 bajo la dirección de Fayez al-Sarraj, se han querido convertir en la antesala de regeneración del proceso post-revolucionario. No obstante, esta invitación a la esperanza debe tomar en cuenta una serie de ecuaciones, de cuya resolución depende el éxito de la transición o, por el contrario, la inserción de Libia en la lista de estados fallidos crónicos como Somalia, Iraq y, desde hace unos años, Siria.

CONTEXTO

La transición política libia entró en diciembre de 2015 en un momento decisivo tras el Acuerdo Político Libio (APL) alcanzado en la ciudad marroquí de Sijrat. El documento, firmado por representantes de los dos parlamentos que en ese momento había en el país y negociado bajo los auspicios de las Naciones Unidas, incluía la formación de un Gobierno de Acuerdo Nacional (GAN) compuesto por nueve miembros, propuestos a su vez por un Consejo Presidencial. Se estipulaba, además, la reunificación de los dos parlamentos rivales en una Cámara de Representantes, sin especificar en qué ciudad, y sobre la base de las elecciones celebradas en junio de 2014. Recuérdese que a raíz de estos comicios la transición libia sufrió su peor revés: los grupos armados islamistas asediaron la sede del Parlamento y parte de los diputados marcharon a Tobruk, donde se erigió la nueva Cámara de Representantes, reconocida posteriormente por la comunidad internacional. La entidad tripolitana conservó, por su parte, el nombre de Congreso Nacional General, pero privada de apoyo externo.

El APL establece una tríada sustentada por el referido gobierno de unidad nacional, el Parlamento y el Alto Consejo de Estado, con potestades que exceden los límites de la estricta labor consultiva¹. Pone énfasis en la necesidad de garantizar los principios democráticos del pueblo libio, la separación de poderes, con especial mención a la independencia del judicial, y, detalle relevante, robustecer el papel de “instituciones como el Gobierno de Acuerdo Nacional para que sean capaces de afrontar los graves desafíos planteados”. Esto da idea de la relevancia del cometido asignado al ejecutivo como elemento de pacificación y regeneración democrática de Libia.

Por otro lado, el documento trata tímidamente de descentralizar la asignación de tareas administrativas con la creación de un Consejo Superior para la Administración Local con sede en la ciudad meridional de Sabha (capital histórica de Fezzán, la tercera gran región del país). No acaba de reservarse un protagonismo explícito para la ciudad de Bengazi, capital de la Cirenaica o región oriental, quizá en previsión de acomodar la Cámara de Representantes allí, lo cual contribuiría a mitigar las suspicacias tradicionales entre aquella y Tripolitania o región occidental, con mayor número de habitantes y nivel de desarrollo. Otro asunto central es el de la redacción de una Constitución. Las disputas internas en el Congreso Nacional General, emanado de las legislativas de 2012, habían impedido cualquier avance en los trabajos de las comisiones encargadas de redactar el borrador. Ahora, el APL llamaba a la creación de una Asamblea para la Redacción de la Constitución, que debería finalizar sus trabajos a finales de marzo de 2016, plazo que no se ha cumplido.

Sí se alcanzó un grado mayor de efectividad en la constitución del nuevo gobierno, a principios de marzo pasado, presidido por Fayez al-Sarraj. Procedente de una conocida familia de empresarios de Trípoli, al-Sarraj, arquitecto de carrera, había sido miembro del Consejo Nacional General. Trasladado a Tobruk a consecuencia de la rebelión de las milicias en Trípoli, había llegado a ser uno de los ministrables del gobierno “fantasma” de Ahmed Maetig, que no vio la luz debido a la decisión de la Corte Suprema libia de declararlo inválido, en julio de 2014, tras la renuncia del primer ministro de entonces, Abdallah al-Thinni.

Una de las grandes taras de la revolución libia radica en la disputa permanente entre los Hermanos Musulmanes y otros sectores islamistas por un lado y los llamados círculos tecnócratas prooccidentales y seculares, definición esta que en

¹ El texto en inglés puede consultarse en: http://unsmil.unmissions.org/Portals/unsmil/Documents/Libyan_Political_Agreement_2_July_15.pdf

Libia tiene un significado engañoso. La irrupción en escena del general retirado Jalifa Haftar, al mando de la Operación Dignidad (*al-Karama*), vino a introducir un nuevo elemento de tensión. Haftar, proclive al Parlamento oriental de Tobruk pero provisto de agenda propia, se erigió en abanderado de la lucha contra el “radicalismo islámico” en todo el territorio libio, causante en su opinión de la crisis institucional. Con el apoyo de Egipto y Emiratos Árabes inició una campaña militar para inhabilitar a las organizaciones próximas a los Hermanos Musulmanes y también para golpear a las milicias yihadistas como *Ansar al-Sharíá* en Bengazi y, después, desalojar a todas las fuerzas islamistas de Trípoli. Estos reaccionaron con la creación de las Fuerzas del Amanecer de Libia (*Quwwat al-Fayr*) y contuvieron el avance de Haftar. La escalada bélica entre las dos entidades políticas paralelas propició, como era de temer, el avance de los contingentes afines tanto a Al Qaeda como al Estado Islámico (*Daesh*, en sus siglas árabes) hasta el punto de que, a la postre, las dos fuerzas –Dignidad y Amanecer– se vieron obligadas a mantener, cada cual por su lado, combates encarnizados con los yihadistas.

El acuerdo rubricado en Sjrát pretendía, pues, revertir la esquizofrenia institucional y militar libia en todos sus frentes. Los esfuerzos de los mediadores internacionales habían resultado determinantes para atraer a un grupo considerable de miembros tanto de la Cámara de Representantes (Tobruk) como del Congreso Nacional General (Trípoli), a pesar de la oposición de sus respectivos gobiernos y las milicias que les prestan cobertura, así como a personalidades independientes representantes de diferentes sectores sociales (municipalidades, partidos políticos, sociedad civil). Sin embargo, la decisión de designar un nuevo gobierno sin haber estipulado con anterioridad medidas efectivas para la inhabilitación de los otros dos hacía presagiar un agravamiento de la crisis. Por una vez, Trípoli y Tobruk (y al-Baida, sede del gobierno en Cirenaica) se pusieron de acuerdo en algo –cerrar el paso a dicho gobierno de unidad nacional– y amenazaron con tomar medidas contra quienes lo apoyaran. Desde el exterior, se saludó el acuerdo como un avance significativo, más aún tras el respaldo explícito de los países vecinos y la implicación de la Unión Europea y las Naciones Unidas. Habían sido los enviados de la organización internacional, primero Bernardino León, y luego su sucesor, el alemán Martin Kobler, quienes habían instado a las partes en conflicto a sentarse a dialogar. Los combates seguían su curso ya que el enfoque de Naciones Unidas no estipulaba una tregua como condición *sine qua* para la concreción de las negociaciones.

Ahora bien, a pesar del entusiasmo de capitales europeas y norteamericanas y la determinación de Naciones Unidas, el grado de optimismo dentro del país seguía siendo reducido. A principios de 2016, los libios se encontraron no ya con dos órganos de poder sino con tres, con el agravante, por si fuera poco, de que en la práctica todos ellos parecían disponer de un muy escaso margen de decisión. Las milicias, unas 1.700 según algunas estimaciones, y los representantes de las mismas en los círculos de poder eran quienes dirigían o al menos influían de manera determinante en la toma de decisiones, si es que estas llegaban a producirse, tanto en Trípoli como en Tobruk o al-Baida. Determinadas ciudades y provincias ni siquiera estaban vinculadas orgánicamente a ninguno de los dos y, para empeorarlo todo, los grupos islamistas radicales, vinculados a Al Qaeda o al Daesh, continuaban medrando, en especial en la mitad oriental. Las sucursales de Al Qaeda dominaban desde poco después de la caída de Gadafi a finales de 2011 enclaves de gran importancia como Derna, a medio camino entre Bengazi y Tobruk, por medio de *Ansar al-Sharía*. La irrupción del Daesh, a partir de 2014, generó una presión enorme sobre todos los actores políticos y militares en Libia, máxime tras la toma de la ciudad de Sirte en 2015. Daesh ha entrado en colisión con todas las facciones armadas, pero con mayor virulencia con los islamistas rivales, ya sean pro Al Qaeda, salafistas, próximos a los Hermanos Musulmanes o sufíes-traditionalistas. Esto ha ocurrido en Derna y otros lugares del país.

Súmese a lo anterior el conflicto enquistado en zonas fronterizas con Argelia, Níger y Chad entre miembros de la etnia tebu, negros africanos, por un lado y tribus árabes por otro (oasis de Kofra) o, como en la ciudad de Ubari (675 kilómetros al sur de Trípoli), entre tebus y tuaregs, así como las tensiones recurrentes en áreas de notable presencia amazigüí-beréber, las escaramuzas en las fronteras con el Sahel por el control de las rutas del tráfico de drogas, armas y seres humanos, los asedios y ataques a yacimientos petrolíferos, centrales eléctricas y complejos portuarios orquestados por bandas y grupos armados de toda laya. La producción de petróleo seguía, a principios de 2016, en torno a los 400.000 barriles en el mejor de los casos (recuérdese que en 2011, antes de la revolución, superaba el millón y medio) y amplias zonas sufrían cortes continuos en el suministro de agua y luz. Según estimaciones oficiosas, al menos medio millón de libios se habían convertido en desplazados y vivían fuera de sus lugares habituales de residencia.

Ante este panorama, pocos ciudadanos libios apostaban gran cosa por el GAN, cuyos miembros ni siquiera se encontraban en territorio libio. Sin embargo, una sucesión de pequeños avances hicieron ajustar el foco sobre la singladura del

gobierno de unidad nacional, gracias, sobre todo, al respaldo de Naciones Unidas y la Unión Europea. Cuando muchos se temían que el nuevo ejecutivo permanecería largo tiempo en su retiro provisional en Túnez, a la espera de una ocasión propicia para retornar, al-Sarraj y sus nueve ministros desembarcaron en Trípoli en marzo pasado para reclamar el mando. Hasta el ministro de Exteriores argelino, bastante cauto por lo general en lo concerniente a los conflictos institucionales internos de Libia, celebró este acontecimiento, mientras que la Liga Árabe, cuyo secretario general se había reunido previamente con al-Sarraj en Túnez, propuso enviar una delegación a la capital libia para respaldar al nuevo ejecutivo.

El autoproclamado "gobierno de salvación", emanado de la asonada de las milicias islamistas contra el sistema político anterior en 2014, se negó a reconocer a los "intrusos" y amenazó con espolear a las milicias afines contra ellos; pero siete de sus ministros han terminado reconociendo a al-Sarraj, y el Banco Central y la Compañía Nacional de Petróleo se han puesto bajo sus órdenes. Paradójicamente, ha sido el ejecutivo "contrario a la legalidad internacional" el que ha asumido, aun a regañadientes, el acuerdo de Sjirat, mientras que el de Tobruk, que contaba hasta 2016 con el apoyo de Naciones Unidas, representa el principal escollo ante los planes regeneradores de al-Sarraj. La irrupción del gobierno de unidad nacional no habría sido posible, en cualquier caso, sin la cobertura ofrecida por las milicias de Misrata, las más influyentes en la región occidental y llave de cualquier arreglo en Trípoli.

ESCENARIOS DE FUTURO: LOS RETOS DEL GOBIERNO DE UNIDAD

El proceso de transición adolece de innumerables deficiencias, derivadas en parte de la "a-institucionalización" característica del régimen anterior. Por lo que hace a la labor concreta de al-Sarraj, el encono de las hostilidades entre Tripolitania y Cirenaica, a partir de 2014, se une al deterioro constante de las condiciones de vida de la mayor parte de la población y el empuje de las corrientes yihadistas.

1) La oposición del gobierno "legítimo" de al-Baida y el general Haftar:

Hemos señalado con anterioridad que, para sorpresa de casi todos, miembros del gobierno "ilegítimo" de Trípoli aceptaron la presencia de al-Sarraj. Esto implicaba, asimismo, asumir las negociaciones de Sjirat y aceptar la estrategia del nuevo

ejecutivo, confluyente con las grandes preocupaciones de las potencias internacionales que respaldaron su hoja de ruta. No obstante, el gobierno asentado en la Cirenaica y, especialmente, el general Haftar, seguían sosteniendo que la pacificación total pasaba por la neutralización de todos los grupos islamistas armados y consideraba la llegada de al-Sarraj una redefinición del equilibrio de fuerzas en la capital, beneficioso para los Hermanos Musulmanes. Haftar ha persistido en su campaña anti islámica, sin distinguir entre yihadistas y otros grupos, como en Derna, donde islamistas libios combaten al Daesh y todos ellos sufren las acometidas de aquel. Haftar, en todo caso, ha dado a entender que se podría llegar a un entendimiento en el supuesto de que se modificase el artículo octavo del documento de Sjirat, según el cual el mando supremo de las tropas armadas recaería en el consejo presidencial y no en el Estado Mayor. Rusia y Egipto parecen sostener la tesis de Haftar en las deliberaciones en el seno de las Naciones Unidas, por temor a que las milicias islamistas de Trípoli se aprovechen de una posible debilidad de al-Sarraj. Aunque una mayoría de diputados de Tobruk han dado individualmente su apoyo al ejecutivo de consenso, la Cámara de Representantes como tal no ha sido capaz de reunirse, [debido a la oposición de sectores afines a Haftar](#). El primer ministro en el gobierno oriental, Abdallah Thinni, llegó a calificar al enviado internacional Kobler de "necio" por favorecer a los Hermanos Musulmanes en Trípoli.

2) Los conflictos interétnicos, tribales y regionalistas:

Otro expediente delicado es la gestión de las tensiones étnicas y tribales. Gadafi, durante décadas, camufló las primeras con sus políticas arabistas y africanistas, prohibiendo cualquier manifestación de especificidad regional. Al tiempo, alentó las rivalidades entre unas tribus y otras con un sistema de prebendas y favores a las más proclives y de castigo a las supuestamente hostiles. La caída de la dictadura vino a rehabilitar a minorías cuya lengua y cultura habían sido proscritas, como los amazigués o bereberes (entre un 3 y un 10% de la población), o marginadas, como los tebu, en el sur, de procedencia sub-sahariana.

De hecho, la revolución asistió al nacimiento de milicias con un marcado sesgo reivindicativo amazigüí en sus zonas de influencia (Yebel Nefusa en el extremo occidental, por ejemplo). La Libia post-Gadafi proponía reconocer los derechos de estas minorías y la cristalización de una nueva identidad nacional que trascendiera

las diferencias de raza; pero las rencillas entre los diferentes actores políticos reforzaron la reivindicación identitaria amazigüí, que ahora contaba con su propio brazo militar. La rivalidad de éste con las milicias islamistas en Trípoli y Misrata no ayuda, por supuesto, a mejorar las cosas. Más preocupante si cabe es la cuestión de los tuaregs, pertenecientes a la comunidad amazigüí, y cuyo reacomodo está resultando muy problemático. La estrecha relación de algunas tribus tuaregs con Gadafi, a quien apoyaron incluso durante la represión de 2011, ha azuzado la animosidad contra ellos. Algo similar ha ocurrido en lo concerniente al federalismo, una de las peticiones recurrentes de Bengazi. El regionalismo es otro asunto delicado para al-Sarraj, pues deberá gestionar el proyecto de una Libia federal sin parecer demasiado proclive a Trípoli o Bengazi, en cuyas áreas de influencia se concentran los dos gobiernos y parlamentos paralelos.

3) El avance del yihadismo

Un número destacado de facciones militares presenta un cariz marcadamente islamista o de reivindicación de los valores fundamentales de la religión islámica. Esta impronta responde en buena medida a la marcada religiosidad de la población, muy apegada a las tradiciones islámicas arraigadas en el Magreb. Estas resultan más tolerantes e inclusivas que la doctrina salafista wahabí, procedente del Golfo y predominante en las organizaciones yihadistas. Poco después de la caída de Gadafi estallaron los primeros conflictos entre los salafistas y los habitantes de zonas rurales y periféricas de las grandes ciudades a propósito del culto a los santones, las romerías y las veladas musicales, prácticas heréticas a ojos de las corrientes rigoristas pero de gran predicamento en determinadas zonas.

Tal y como ocurriera en Iraq, Siria o Yemen, la degradación de las condiciones de vida y el enquistamiento del conflicto bélico han favorecido el avance de las bandas armadas yihadistas y en especial del Daesh, cuya estrategia de violencia extrema y aprovechamiento de las rivalidades internas, le ha permitido controlar enclaves como el de Sirte, feudo histórico del gadafismo. Aquí, la connivencia de los partidarios del régimen anterior, hostiles a todas las milicias que alcanzaron protagonismo en la revolución, ha beneficiado la infiltración del yihadismo. El revés de Sirte, precisamente, espoleó el plan de pacificación occidental para Libia y constituye sin duda la más importante de las pruebas a las que debe enfrentarse al-Sarraj, el cual anunció una ofensiva total para recuperarla. La amenaza yihadista

preocupa a los estados vecinos y a la Unión Europea, pues la falta de control sobre las fronteras, en especial en la zona del Sahel, permite el aprovisionamiento, entrenamiento y tránsito de células terroristas hacia y desde Túnez, Argelia o Mali.

4) La degradación de las infraestructuras y los servicios básicos.

Los cortes de electricidad y agua corriente han sido constantes a lo largo de los últimos años. A los bloqueos de centrales y sabotajes de conductos y tuberías, por combates entre tribus o como forma de ejercer presión sobre el gobierno central, deben sumarse las acciones terroristas de los grupos yihadistas. Es un asunto tan delicado que hasta los propios dirigentes sufren las consecuencias: el primer ministro del gobierno oriental de al-Baida, Abdallah Thinni, fue conminado en enero pasado por el consejo municipal de la ciudad a abandonar la ciudad, exasperada por los cortes continuos de electricidad. Estos pueden durar hasta 18 horas en la capital, Trípoli, lo cual llevó al ejecutivo predominante allí, presidido por Jalifa al-Gawil, a proponer importar electricidad de Túnez y Egipto. Tales carencias perjudican también las labores de extracción y distribución de crudo, principal fuente de financiación del país. La escalada de tensión entre el gobierno oriental y el de al-Sarraj ha dado lugar a una guerra de falta de liquidez entre los dos bancos centrales, en Trípoli y al-Baida, que han dejado de imprimir billetes para mayor desesperación de los ciudadanos.

PRIORIDADES DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Las prioridades occidentales, en especial europeas, han condicionado los primeros pasos del gobierno de unidad nacional y están relacionadas con el yihadismo, la emigración ilegal y las inversiones. Todas ellas resultan de gran trascendencia para la Unión Europea y Estados Unidos, pero, por razones de estrategia internacional, la primera es la derrota del yihadismo, en consonancia con las campañas libradas en Siria e Iraq contra el Daesh. No en balde, en la resolución 2.259, emitida poco después de los acuerdos de Sjirat, se reafirmaba el compromiso de las Naciones Unidas con la soberanía, independencia, integridad territorial y unidad de Libia y se exhortaba los estados miembros a prestar asistencia al Gobierno de Acuerdo Nacional contra el Daesh, *Ansar Al Sharia* y otros grupos asociados con Al Qaeda.

1) **La lucha contra el yihadismo radical**

En el ámbito del yihadismo radical, el combate se libra en dos grandes frentes: el primero, contra Al Qaeda y sus filiales; el segundo, contra el Daesh. *Ansar al-Sharíá* es la más libia de todas estas facciones de corte salafista, pues se formó en junio de 2012 a partir de elementos procedentes de milicias radicadas en la Cirenaica que habían destacado en la revolución contra Gadafi. Su influencia ha sido destacada en la ciudad de Derna, donde combate a los milicianos del Daesh y a las tropas de Jalifa Haftar en coalición con facciones adheridas al gobierno de Trípoli. Por lo que hace al Daesh, la ofensiva lanzada por el gobierno de al-Sarraaj en junio había cercado a sus hombres en la ciudad de Sirte. No obstante, el Daesh continuaba llevando a cabo acciones suicidas y ataques esporádicos en puertos y refinerías de la costa. En la ciudad monumental de Sabrata, a 60 kilómetros de Trípoli, el Daesh se había apoderado de barrios enteros y había anunciado desde hacía meses la creación de su "provincia libia". La aviación estadounidense ha bombardeado centros de entrenamiento y depósitos del grupo en esta ciudad y otras, en una estrategia que invita a recrear el guión de la lucha contra el yihadismo en Siria e Iraq. El Gobierno de Acuerdo Nacional ha reconocido la aportación de asesores militares estadounidenses y británicos en la expulsión de los yihadistas del puerto de Sirte. El enfoque adoptado por europeos, estadounidenses y árabes en Libia coincide con la estrategia seguida en Siria e Iraq para neutralizar la expansión del Daesh: prestar cobertura a los actores locales capaces de lanzar una ofensiva de impacto contra los yihadistas y buscar ententes de no agresión o tregua temporal entre todos ellos. En el caso sirio e iraquí, tales enfoques generan facturas añadidas, ya sea el necesario entendimiento con potencias regionales de gran ascendente en la zona como Irán o la sintonía circunstancial con líderes políticos a los que no hace tanto se urgía a abandonar el poder, léase Bashar al-Asad en Damasco. En Libia, la gran novedad es que el sujeto designado para aglutinar este frente regional anti yihadista es alguien promovido desde fuera. Esto puede restarles popularidad y legitimidad, pero a la vez les permite cierta libertad de movimientos.

2) **El control de los flujos migratorios**

El segundo gran motivo de preocupación europea remite al incremento de la emigración irregular, que tras la procedente del conflicto sirio es la más relevante. Sólo en 2015, llegaron a territorio italiano 150.000 personas desde la costa libia. Bruselas ha intentado contener la sangría siria por medio de acuerdos puntuales con estados vecinos como Turquía o estableciendo cuotas de acogida en los Estados miembros que, empero, no han gozado de consenso. Para el caso libio, la unificación de todos los mandos policiales y militares en un gobierno de consenso es requisito básico para sellar las fronteras y evitar las escenas recurrentes de barcas atestadas de personas procedentes sobre todo del continente africano, pero también con naturales de la propia Siria y otros lugares en conflicto como Afganistán. Entre enero y mayo de 2016, al menos 200.000 inmigrantes habían arribado a las costas europeas, 40.000 de ellos a Italia, puerta natural de las embarcaciones procedentes de Libia. Y según estimaciones europeas, las costas libias albergan a cerca de medio millón de refugiados a la espera del salto a la otra orilla del Mediterráneo. La esclerosis política ha multiplicado el flujo de refugiados, cuyo comercio se ha convertido en un negocio rentable para las mafias y algunas milicias. Desde el punto de vista europeo, la recuperación de los principales puertos y ciudades costeras sellará los accesos de salida y evitará el efecto llamada, amén de permitir acuerdos de colaboración con Argelia, Túnez y los vecinos del Sahel, que ya no podrán alegar la falta de un gobierno estable y capaz en Libia para justificar la porosidad de sus fronteras comunes y descargarse de su cuota de responsabilidad.

3) **La estabilización de la producción petrolífera**

Las fluctuaciones de la producción y exportación del crudo internacional, junto con la explotación de nuevos yacimientos y el retroceso de la demanda, han reducido la importancia del factor energético libio. En 2011, con la intervención de la OTAN, se habló de los planes occidentales para hacerse con la riqueza energética libia; sin embargo, este no fue el causante principal de la campaña de bombardeos aéreos, entre otras razones porque la mejora en las relaciones bilaterales de Gadafi con los Estados europeos desde la entrada en el nuevo siglo había abierto las puertas a las inversiones

occidentales en el sector de los hidrocarburos, del mismo modo que había dado lugar a acuerdos puntuales sobre el control de la emigración ilegal.

En todo caso, el conflicto multidimensional que padece Libia deja en una situación de inestabilidad permanente a países vecinos de enorme relevancia como Túnez o Argelia, cuyo suministro de gas natural es prioritario para la propia España. Los incesantes sabotajes en yacimientos, refinerías y demás han perjudicado notablemente a empresas europeas, que demandan un contexto seguro y estable para sus inversiones. En concreto, para la española Repsol, Libia constituye un "país de referencia" desde hace lustros, debido a la variedad de sus inversiones y la calidad del crudo. A pesar de los altibajos políticos y bélicos, la empresa ha intentado mantener sus intereses allí, hasta que en 2014 se produjo su salida definitiva. La entrada de al-Sarraj en Trípoli vino seguida de una visita relámpago a la base naval de Abu Sitta, que se hallaba bajo protección militar, por parte del ministro de Exteriores español, José Manuel García Margallo. Ambos consideraron el retorno de Repsol, que bombeaba unos 340.000 barriles diarios hace dos años, una prioridad política. La reconstrucción del país supone, evidentemente, una jugosa tentación para el sector empresarial europeo, al tiempo que la reconducción de los índices de extracción a los números anteriores a la revolución, más de un millón y medio de barriles, supone una garantía ante una conflictividad regional creciente.

RECOMENDACIONES PARA ESPAÑA Y LA UE

España asume desde hace años un cometido muy activo frente a la crisis libia. Una prueba fehaciente es la aludida participación de nuestro ministro de Exteriores y homólogos europeos en la firma de los acuerdos de Sjirat y las declaraciones del gobierno, y del principal partido de la oposición, en pro de una salida pacífica al conflicto. La llegada de al-Sarraj a Trípoli fue saludada desde Madrid con satisfacción y con el anuncio del regreso del embajador español a Libia. La resolución 2.259 endosa el comunicado de la conferencia ministerial de Roma de 13 de diciembre, en la que participó España junto con otros dieciséis países, al reconocer al GAN como el único gobierno legítimo en Libia. Allí se exhortaba a no aceptar como interlocutores válidos a las instituciones paralelas que se proclaman

como legítimas, pero que están fuera del acuerdo. En este sentido, sería de gran utilidad una mediación decidida por parte de España para convencer al ejecutivo de Cirenaica de la necesidad de colaborar con al-Sarraj. La negativa de una entidad que recibió en su momento el apoyo explícito de España constituye una "anomalía", como bien expresó nuestro ministro de Exteriores, y precisa de los buenos oficios de nuestra diplomacia, acostumbrada a deliberar con representantes de Tobruk y al-Baida.

Las Naciones Unidas han seguido mostrando su apoyo al proyecto del Gobierno de Acuerdo Nacional en sucesivas resoluciones, todas ellas respaldadas por España. La más reciente hasta estas fechas, la que sigue a las 2.273 y decreta la prórroga de la misión de Naciones Unidas para Libia (UNSMIL), para apoyar la acción del GAN, seguida de otras medidas que complementa la 2.240 y permite ampliar la misión naval europea destinada al cumplimiento del embargo de armas a Libia. La cuestión del embargo es delicada, pues Haftar primero y ahora el propio al-Sarraj han demandado el fin de la prohibición de venta de armas a Libia si se quiere que el ejército libio combata eficazmente a las organizaciones terroristas, las cuales obtienen munición y material de última generación a través del contrabando. Igualmente sensible es la relación directa de algunos actores locales con estados árabes de los cuales reciben financiación y armas de forma directa, como Emiratos Árabes Unidos y Qatar. No obstante, los europeos parecen optar primero por la acción sobre el terreno de las tropas y milicias locales y, si esto no termina de funcionar, pasar a un posible plan B consistente en el envío de fuerzas de élite a áreas específicas del país, tal y como se ha planteado en círculos italianos y británicos.

Por todo ello, una de las prioridades de la diplomacia española en el Consejo de Seguridad debería ser la de asegurar que cualquier campaña militar, como la actual contra el Daesh en Sirte y otros lugares, venga acompañada de un refuerzo de los planes de reforma institucional y democratización. Para ello es fundamental que se ejerza una presión sostenida sobre el parlamento de Tobruk y el general Haftar, quienes han gozado de cierto crédito europeo. Esto exige un diálogo más amplio con los dos estados árabes que apoyan al militar, Emiratos Árabes y Egipto, en el sentido de que la incorporación de Haftar a la gran coalición para eliminar a las milicias radicales yihadistas no irá en beneficio de los islamistas de Trípoli, gran temor de los sectores "laicos". España, con su experiencia a la hora de albergar

grandes conferencias internacionales sobre Libia y entablar encuentros directos con representantes libios de uno y otro signo, está en una situación inmejorable para liderar estos esfuerzos. Por lo tanto, debe insistirse en el cumplimiento íntegro de las propuestas de regeneración insertas en el acuerdo de Sjirat, a través de una resolución que ponga en pie de igualdad la lucha contra al-Qaeda y Daesh por una parte y la reunificación de las instituciones nacionales con una hoja de ruta definida en cuanto a elecciones legislativas, desarme de las milicias –verdadero nudo gordiano de la crisis libial- y redacción de una nueva constitución.

Medidas concretas de similar tenor podrían adoptarse, aprovechando el progresivo entendimiento con vecinos de la importancia de Túnez o Argelia, en el ámbito de la emigración ilegal. Una coordinación sobre el terreno con el ejército, las fuerzas de seguridad y las milicias moderadas que reconocen la autoridad de al-Sarraj, para combatir a las mafias y eliminar los puertos “clandestinos”, lo cual precisa de coordinación estrecha entre los servicios de guardacostas y la modernización de las fragatas y lanchas libias. Para completar esta labor de vigilancia, es de gran relevancia asimismo fortalecer las patrullas en las lindes fronterizas con el Sahel, por medio del adiestramiento de un cuerpo de gendarmería *ad hoc* y el desarrollo de las técnicas de control de fronteras. Aquí, una vez más, España puede aportar sus conocimientos y enseñanzas extraídas de labores similares llevadas a cabo en cooperación con Mauritania o Marruecos. Más aún, nuestras relaciones cordiales con los estados no europeos más implicados en la cuestión, Turquía y Qatar (más proclives a Trípoli) por un lado, y Arabia Saudí, Emiratos y Egipto por otro, partidarios de Haftar y el gobierno oriental, nos coloca en un lugar privilegiado para acercar posturas entre todos ellos. Por lo pronto, sería muy positivo reforzar el consenso internacional en pro de al-Sarraj, tarea que España puede contribuir a acelerar con sus buenas gestiones en Naciones Unidas y la Unión Europea. El gran inconveniente de la lógica securitaria aplicada a Libia, centrada ahora en acabar con el peligro yihadista casi a cualquier precio, reside en obviar la prioridad de asentar las instituciones locales y forjar un Estado con visos de hacer efectivo su control sobre todo el país. Esa es la mayor preocupación de los libios. Y debería serlo también de actores internacionales que, como España, consideran que la resolución del conflicto libio es prioritario para sus intereses en el Mediterráneo.

Memorandos Opex de reciente publicación

- 209/2016: **La política de desarrollo sostenible de España en la próxima legislatura: la agenda 2030.** Kattya Cascante
- 208/2016: **La innovación en España: capacidades y financiación.** Isabel Álvarez
- 207/2016: **Venezuela: ¿y ahora qué?** Manuel Hidalgo
- 206/2016: **¿Quién tiene la culpa del déficit?** Santiago Díaz de Sarralde
- 205/2016: **Irán tras las elecciones legislativas y de asamblea de expertos 2016.** Luciano Zaccara
- 204/2016: **La crisis migratoria de la UE: estado de la cuestión.** Juan Antonio Pavón Losada
- 203/2016: **La senda de estabilidad presupuestaria: necesidad y viabilidad de un aplazamiento en el objetivo de déficit.** Carlos Garcimartín Alférez
- 202/2016: **Las prioridades económicas del nuevo gobierno.** Santiago Díaz de Sarralde
- 201/2016: **Cien días de consenso en política exterior.** Vicente Palacio.
- 200/2016: **Informe de evaluación del Acuerdo de París (COP21).** Ana Belén Sánchez.
- 199/2015: **Elecciones Turquía: más poder para Erdogan.** Carmen Rodríguez López y Antonio Ávalos Méndez.
- 198/2015: **La nueva agenda de desarrollo para el 2030: financiación y sostenibilidad.** Kattya Cascante.
- 197/2015: **Siria: una posible salida al conflicto.** Observatorio de política exterior española de Fundación Alternativas.
- 196/2015: **La Unión Europea ante el asilo y la inmigración: más compromiso y más ambición.** Juan Antonio Pavón Losada.
- 195/2015: **Nuevo gobierno israelí: viejos dilemas, nuevos retos.** Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño
- 194/2015: **Yemen: rumbo al estado fallido crónico.** Ignacio Gutiérrez de Terán
- 193/2015: **Mercado único digital, PYMEs y el plan de inversiones Juncker para la Unión Europea.** Juan Antonio Pavón Losada.
- 192/2015: **La apertura de Obama hacia Cuba: una oportunidad hemisférica.** Jorge José Hernández Moreno, Manuel Iglesias Cavicchioli.
- 191/2015: **El año dual España-Japón: un prometedor impulse a las relaciones comerciales.** Juan José Prieto Gutiérrez.
- 190/2014: **European Parliament and the TTIP: final stage of the EU-US negotiations.** Juan Antonio Pavón Losada
- 189/2014: **Las políticas de austeridad: un balance.** Jorge José Hernández Moreno
- 188/2014: **Tailandia: golpe y marcha atrás.** Juan Manuel López Nadal
- 187/2013: **¿Qué hacer con la ayuda oficial al desarrollo en España? Recomendaciones en un contexto de crisis.** Kattya Cascante

Para consultar toda la serie de Memorandos Opex en versión online y visitar nuestra página web: <http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex>